

Adagio en primavera

Jane Kelder



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#AdagioEnPrimavera

Colección: Tombooktu Romance

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Adagio en primavera*

Autor: © Jane Kelder

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-66-6

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-67-3

ISBN Digital: 978-84-15747-68-0

Fecha de publicación: Octubre 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-28287-2015

*A mi pareja, por retarme a introducir un asesinato
en una novela romántica victoriana.*

*A mis padres que, sin pretenderlo,
se han convertido en unos de mis lectores cero.*

Índice



Capítulo I	11
Capítulo II	19
Capítulo III	25
Capítulo IV	31
Capítulo V	37
Capítulo VI	43
Capítulo VII	51
Capítulo VIII	57
Capítulo IX	65
Capítulo X	71
Capítulo XI	79
Capítulo XII	85
Capítulo XIII	93
Capítulo XIV	101
Capítulo XV	107
Capítulo XVI	113
Capítulo XVII	119
Capítulo XVIII	125
Capítulo XIX	133

Capítulo XX	139
Capítulo XXI	145
Capítulo XXII	151
Capítulo XXIII	155
Capítulo XXIV	163
Capítulo XXV	169
Capítulo XXVI	177
Capítulo XXVII	185
Capítulo XXVIII	191
Capítulo XXIX	197
Capítulo XXX	203
Capítulo XXXI	209
Capítulo XXXII	217
Capítulo XXXIII	223
Capítulo XXXIV	229
Capítulo XXXV	233
Capítulo XXXVI	241
Capítulo XXXVII	247
Capítulo XXXVIII	255
Capítulo XXXIX	261
Capítulo XL	267
Capítulo XLI	273
Capítulo XLII	279
Capítulo XLIII	285
Capítulo XLIV	291
Capítulo XLV	297
Capítulo XLVI	305
Capítulo XLVII	311
Capítulo XLVIII	317
Capítulo XLIX	327
Agradecimientos	333

I



Una mujer hermosa es como un día de sol, se le augura felicidad, aunque eso en la mayoría de las ocasiones es un error.

Considerada bonita, Anne Bates había visto pasar su juventud sin pena ni gloria. Recién llegada a la edad sensible, se enamoró de un libertino con quien estuvo a punto de fugarse a espaldas de su familia, pero una intervención oportuna de su padre impidió la huida. Sin embargo, el escándalo no pudo evitarse y tuvieron que enviarla a Londres a vivir con una tía para dejar atrás lo ocurrido. Con el tiempo, allí tuvo dos pretendientes que eran del agrado de su familia, pero durante una fiesta fue descubierta en un balcón besándose con un hombre casado y sus oportunidades se esfumaron. En 1860 las cosas cambiaron. Conoció a un americano que se enamoró apasionadamente de ella y la señorita Bates estaba dispuesta a abandonar Inglaterra para casarse con él. Pero justo antes de la boda estalló la guerra y su futuro esposo se alistó en las filas sureñas. El enlace tuvo que aplazarse hasta que terminara el conflicto, pero, poco después de su partida, la señorita Bates recibió la noticia de que su prometido había muerto en el bombardeo de Ford Sumter.

Anne Bates, ahora señora Harding, ya no esperaba casarse cuando conoció en Londres al alcalde de un pueblo que nunca había oído nombrar. Ella tenía treinta y dos años y gran vocación

de madre. Su expresión era agradable y llamaba la atención, aunque su cabello castaño había perdido el brillo de la juventud y ya habían aparecido las primeras arrugas junto a sus ojos grises. Aún mantenía buena figura, que procuraba cuidar, pero trataba de ocultar siempre sus brazos, cuyas carnes habían empezado a aflojarse. Agradeció, en lo más profundo de su ser, el regalo del destino cuando aquel hombre de cuarenta y cinco le ofreció su mano. El señor Harding consideró que la señorita Bates aún era hermosa, a pesar de su edad, y las características que ofrecía el poco trato que tuvieron durante dos semanas le parecieron oportunas para convertirla en la nueva madre de sus tres hijos.

Hoy, el señor Harding, alcalde de Horston, organizaba un picnic en honor a Archibald, su hijo mayor, a quien había permitido salir del internado para celebrar su decimoquinto cumpleaños. Bajo un sol amable, las mesas y sillas de madera y las carpas de tela aparecían bien distribuidas por la llanura de Seeton Park. Estaban anunciados juegos deportivos y la actuación de unos malabaristas, y dos días antes habían matado dos cerdos y quince perdices para la ocasión. El señor Harding era veterano de la guerra de Crimea y sus méritos, al igual que su talante conciliador, siempre habían hecho de él un hombre muy querido en la localidad. Quedó viudo seis años atrás y todos se conmovieron por su pena con la misma sinceridad con la que se habían alegrado hacía menos de un año, cuando tuvieron noticia de que el señor Harding se había vuelto a casar. Tras el enlace, sus hijos, que hasta el momento habían sido educados con profesores particulares y bajo la tutela de una institutriz en la propia casa familiar, fueron enviados a Saint James School, en el condado de Berkshire. El alejarse de su hogar, junto al hecho de compartir ahora su cariño, había provocado una notable alteración en el carácter de Archibald Harding y su padre pensaba que dedicarle una fiesta lograría calmar los celos y recelos del hijo hacia su nueva esposa.

Anne Harding desconocía los sentimientos que despertaba en su hijastro del mismo modo que ignoraba que al día siguiente estaría muerta. Se sentía cómoda en su posición de dueña de un hogar y ahora observaba orgullosa a los invitados que habían acudido con sus mejores galas por cortesía hacia su marido. Pensó que era una lástima que el señor Frazer hubiera fallecido el año anterior.

El señor Frazer, hombre adinerado y viajero, era quien le había presentado a su actual marido en una escapada a Londres. Hubiera sido un honor para la señora Harding recibirlo aquel día. Era de su misma edad y, desde el primer momento, le había brindado una afabilidad y un cariño que anhelaba en otros vecinos. Pero el señor Frazer, que gozaba de buena salud, hacía casi un año que tuvo la mala suerte de regresar de su viaje por Francia en el ferrocarril que descarriló sobre un puente en reparación en la localidad de Staplehurst. El accidente resultó famoso en toda Inglaterra, pues en uno de los vagones viajaba el escritor Charles Dickens, que tuvo la fortuna de sobrevivir. Los periódicos hablaron de las víctimas, de la poca distancia en que habían colocado al guardavía para dar el aviso de frenado, pero, sobre todo, dedicaron muchas columnas a Ellen Ternan, la amante de Dickens, que viajaba con él. Las semanas siguientes alarmaron a sus lectores con el anuncio de que el escritor ya no volvería a escribir, pero, por fortuna, el propio Dickens lo había desmentido un tiempo después. Sin embargo, en Horston todo esto quedó en un segundo plano, pues la muerte del señor Frazer, que viajaba en uno de los vagones que se había precipitado al río, conmocionó a quienes lo conocían.

Así que la fiesta iba a celebrarse sin el amable señor Frazer, a quien la señora Harding dedicó su pensamiento durante unos minutos. Sin embargo, sí estaban allí el señor Fernsby, el director de la sucursal bancaria; los Gardner, que acababan de abrir el primer hotel de Horston; los Delaney, los Whitemore y los Holstead, tres familias respetables de arraigado linaje en el pueblo; el señor Honycutt, encargado de la oficina de Correos y Telégrafos de S.A.R.; el señor Burns, vicario que había acudido a la Corte en dos ocasiones invitado por la mismísima reina Victoria; el doctor Grace y su familia...

En fin, que Anne Harding sonreía contenta porque pensaba que su marido había organizado esta fiesta para que ella conociera mejor a sus nuevos vecinos. Sólo hacía ocho meses que se había instalado en Horston, tras un viaje al continente después de su boda y, aunque fue recibida en alguna casa importante, la relación con otras mujeres aún era fría y excesivamente formal para su gusto. Tampoco había logrado mayor afinidad con sus compañeras del coro de la iglesia, excepto con una mujer aficionada a confeccionar

sombreros y que solía frecuentar los ensayos, aunque no cantaba. Afortunadamente, esta dama, nada más conocerla, se interesó por la moda de Londres y por las galerías Whiteley's, pero aún era pronto para referirse a ella como a una amiga.

Su nueva casa en Horston, más parecida al estilo colonial que a las típicas del pueblo, se hallaba a unas cien brazas de la última calle de la zona Oeste, por lo que no tenía vecinas con las que charlar. Además, bordeaba toda la zona lateral de esa casa una extensión de robles de los bosques de antaño y eso hacía que todavía pareciera más apartada. El jardín de la entrada era pequeño, mientras que el posterior se extendía hasta el camino del cementerio. Un pórtico con columnas daba entrada al edificio de dos pisos donde la señora Harding se aburría, día tras día, mientras echaba de menos su vida social en Londres.

La idea de que su esposa formara parte del coro fue del señor Harding, pero ella se entusiasmó rápidamente porque suponía una excelente ocasión para alternar con las demás. Había recibido nociones básicas de piano durante su infancia y no era consciente de que su voz no era bonita ni de que afinar no se encontraba entre sus mejores virtudes. La señora Patterson observaba en silencio los esfuerzos que el señor Odell debía hacer para reprimir un mal gesto cuando ella desentonaba y continuar tocando el piano como si todo estuviera dentro de la normalidad. Sin embargo, nadie podía decir que la nueva mujer del alcalde no se esforzara por integrarse y practicaba en casa todas las sugerencias que el señor Odell le indicaba durante los ensayos. El coro de mujeres de la vicaría de Horston había cogido fama en todo el condado y, ni siquiera el coro de Culster, la capital, podía competir con su buen hacer. Esta tarde, después de los juegos deportivos y el primer aperitivo, estaba previsto que el coro interpretara un par de piezas en honor a Archibald Harding y Anne estaba deseosa de hacerlo bien. Había ensayado para la ocasión. Pero, además, otra razón de su entusiasmo era que había escrito ella misma una letra para el adagio del Concierto para Clarinete de Mozart y tanto insistió que el señor Odell acabó aceptando incluirlo en el repertorio para la fiesta. Sin embargo, y eso es algo que la señora Harding no sabía, varias integrantes del coro le habían suplicado que no lo incorporara de forma definitiva, que lo reservara sólo para esta ocasión, pues la letra no

resultaba de su agrado. Ni era religiosa, sino amorosa, ni había logrado buena rima. Abundaban los ripios y las cacofonías y había demasiados adjetivos cultos puestos solamente para impresionar.

Nunca nadie se refirió a Anne Harding como mala mujer, pero sus esfuerzos por resultar simpática rozaban la impertinencia en un lugar de costumbres tan arraigadas como Horston. La afición a la reserva por parte de los lugareños se intensificaba ante la nueva señora Harding porque corría el rumor de que ella tenía un hermano que trabajaba para un periódico londinense y el mero hecho de sospechar que se hablara de sus cosas más allá de los límites del condado no les hacía ninguna gracia. Sin embargo, y esto es algo que quedó escrito en el periódico local, dos días después, durante el funeral de la señora Harding, la iglesia iba a estar abarrotada y ninguna persona que se considerara decente faltaría a su última despedida.

Ahora, en esta fiesta, ella estaba convencida de que lograría romper el hielo. Esperaba ansiosa junto a sus compañeras el momento en que pudiera actuar. Había tomado miel justo antes de que empezaran a llegar los primeros invitados para suavizar su voz.

Cuando el coro comenzó a cantar, Archibald Harding montaba en un caballo Morgan de color alazán que acababa de regalarle su padre e ignoraba los esfuerzos de su madrastra por agradar a los demás. Hasta hoy había tenido un poni que ahora legaba a sus hermanos con la misma alegría que sintió la primera vez que le pusieron pantalones largos y regaló los cortos al pequeño Dick. Así que cuando la señora Harding entonó las primeras notas, Archibald se encontraba cabalgando por los alrededores de Seedon Park sin ser consciente de su ofensa.

El señor Odell, coadjutor de la vicaría, tocaba el piano y, durante la primera pieza, lo hizo con gran maestría, porque se trataba de una pieza que llevaba ejecutando desde los ocho años. Tampoco estuvo mal durante la interpretación de *Adagio en Primavera*, que es cómo había titulado la señora Harding su canción. Entre las voces destacaba la de Elizabeth Holstead, hija de Phineas Holstead, caballero muy querido en el lugar, y el brillo de su canto no quedó deslucido por algunas notas desafinadas que se colaron en una voz coral que demostró su pericia una vez más. Sólo los que gozaban de buen oído musical pudieron percatarse de los desatinos.

Durante el solo de la señorita Holstead, un desconocido para los lugareños quedó fascinado por su voz. Con tanto interés la miró durante el concierto que la señorita Gibbs, mientras se dirigían a sus mesas tras finalizar la actuación, comentó:

—Lizzie, creo que has llamado la atención de un caballero.

—¿Yo? ¿De quién?

—Ese que está sentado con los señores Gardner y los Grace.

Elizabeth miró intrigada hacia la mesa que le era indicada, pero en esos momentos el caballero estaba ocupado en una conversación.

—La compañía de Matty me parece suficiente motivo para que el supuesto interés sólo esté en su imaginación, señorita Gibbs.

—¡Oh, no! Te puedo asegurar que es cierto. ¿No lo has notado tú, Claire? —le preguntó a su hermana.

—El dolor de mis oídos anulaba mi visión, querida Emily.

Emily Gibbs era menor que la señora Patterson y a sus más de cincuenta años tenía el título de solterona oficial de Horston. Su hermana se había casado con el señor Patterson cuando era joven, pero quedó viuda casi dos años después y, desde entonces, ambas hermanas vivían juntas en la casa que heredó esta última de su difunto marido. Nadie que no lo supiera de antes hubiera dicho que eran hermanas nada más verlas. Aparte de que ambas tenían los ojos azules, la señorita Gibbs era bajita y rebosante en carnes, mientras que la señora Patterson era alta y delgada. De rostro amable la primera, y con una nariz respingona muy peculiar, la segunda siempre parecía tener el ceño fruncido y su nariz aguileña endurecía aún más sus rasgos. Elizabeth Holstead, mucho más joven, sentía cariño por ellas y las frecuentaba a menudo, aunque también tenía una amiga de su edad, Matilde Grace, que ahora se sentaba en otra mesa junto al desconocido al que se había referido su compañera del coro. A pesar de no haber mostrado interés ante el comentario de la señorita Gibbs, Elizabeth desvió la mirada un par de veces para comprobar si aquel hombre la miraba de nuevo, pero enseguida empezaron a tocar los músicos y Andrew Whittemore la invitó a bailar, así que durante un rato decidió obviar el comentario de su amiga y dedicarse a disfrutar de la danza, a pesar de que los pasos de Andrew eran tan amanerados como su propia pose.

En cierta ocasión en que su acompañante y ella pasaron cerca de la mesa del desconocido, pudo observar que este la miraba mientras permanecía sentado en compañía del señor Odell y de Matilde Grace. El resto del grupo que formaba parte de su mesa también se hallaba bailando. Elizabeth notó que tenía los ojos oscuros, al igual que su cabello, y eso otorgaba a su rostro un aire de severidad al tiempo que lo hacía interesantemente atractivo. Sin embargo, cuando sonreía, la dureza de su expresión se relajaba y parecía una persona agradable. Pero el hecho de apreciar que su amiga Matty, a quien le encantaba bailar, se veía obligada a estar sentada y aquel hombre no había tenido el gesto caballeroso de invitarla hizo que sintiera lástima por ella y sintiera antipatía hacia él. Matilde Grace no hubiera sido una joven fea si no fuera porque tenía la cara marcada por la viruela que había superado tiempo atrás, pero precisamente esto era motivo suficiente para no desairarla. Por lo demás, de estatura menuda, Matilde era grácil y de gestos alegres. La pena por su amiga duró un par de minutos y luego se olvidó durante un buen rato de ella, el desconocido y todo lo que no fueran sus pasos de baile.

Después de dos piezas, Andrew Whittemore la acompañó de nuevo a su mesa y la dejó con la señora Patterson y la señorita Gibbs. Esta última exclamó:

—Es una pena que el señor Whittemore no sea un poco más alto, siempre es muy atento contigo, Lizzie.

—No digas tonterías, Emily, los Whittemore no tienen tanto dinero como parece. Lizzie debe ser prudente a la hora de escoger marido.

Desde que había cumplido los veintiún años, la señorita Gibbs se empeñaba en emparejarla. Elizabeth tenía un rostro bonito en el que, sobre todo, destacaba la luz alegre de sus ojos avellana, y el espesor de su cabello castaño oscuro era envidiado por otras jóvenes de su edad. De estatura media, su figura era esbelta y sus movimientos resultaban tan elegantes como graciosos. Todas esas características, junto al hecho de proceder de buena familia, la hacían recomendable a ojos de muchos caballeros de Horston.

—No creo que deba esforzarme mucho en escoger ni en ser prudente, si tengo la suerte de mantener la amistad de ambas —rio Lizzie—. Ustedes lo hacen muy bien por mí.

—Fue una lástima que el señor Frazer falleciera en aquel horrible accidente de tren. Hubiera sido una buena elección. No creo que ni siquiera mi hermana hubiera puesto ninguna objeción, a pesar de que siempre criticaba sus grandes entradas.

—Era un hombre amable y sin humos para su posición. Y muy jovial. Creo que las jóvenes lo consideraban apuesto y no tenía ningún defecto que no pudiera solucionarse con un buen peluquín —confirmó la señora Patterson.

—Y tu padre le tenía mucho aprecio. Es una lástima que no haya dejado descendientes. No sé qué ocurrirá ahora con Desley Abbey mientras no se resuelva el tema de la herencia —añadió la señorita Gibbs—. Uno no debe morir sin hacer testamento, aunque sea joven. La firma de abogados londinense que se encarga de buscar al heredero legítimo está empezando a perder credibilidad.

—El señor Frazer siempre fue amable con nosotros, pero dudo de que sus intenciones coincidieran con su sugerencia, señorita Gibbs. En fin, como ya no es posible, me despreocuparé del tema.

—A tu edad ya deberías ir preocupándote por buscar un marido si no quieres acabar como Emily.

—¡Oh! Yo una vez estuve a punto de comprometerme, pero... —protestó la señorita Gibbs.

—No creo que sea tanta la urgencia, señora Patterson. Mi familia goza de una sana economía.

—Me temo que las aficiones de tu padre no son muy productivas. Y, aunque tu hermano aún es joven, creo que tampoco tiene un espíritu emprendedor.

—Eso reafirma que puede permitirselas. Mi padre no sólo colecciona insectos exóticos, sino que además ha financiado varias expediciones a África.

—De todos es sabido que ha despedido a dos criadas a lo largo del último año.

—Eso no es del todo cierto. Han sido ellas quienes, por motivos familiares, han decidido irse, pero pronto tendremos otras, ya lo verá.

En este punto fueron interrumpidas por la señora Harding, que pasó a interesarse por sus invitadas y a ninguna le pareció oportuno continuar con el tema.

II



—**E**spero que estén disfrutando de la fiesta —dijo la anfitriona con voz enérgica—. ¿Han visto el caballo de Archibald? ¿Hay algo que pueda hacer más feliz a un muchacho de quince años? Sinceramente, creo que deben darme la enhorabuena por tener un marido tan espléndido.

Las tres aludidas la felicitaron con mayor o menor efusividad.

—Es una lástima que su padre y su hermano no hayan venido, señorita Holstead. Estoy segura de que tendrán un buen motivo para su ausencia. Espero que no me hayan abandonado por unos insectos. Siento mucho aprecio por el señor Holstead.

—Mi padre se resentía del reuma y mi hermano se ha sacrificado por mí y se ha quedado a cuidarlo.

—Cierto, las mujeres disfrutamos más de estos eventos. Pero insisto en que es una lástima que, al menos, no hayan asistido al concierto. Creo que hemos deslumbrado. *Adagio en primavera* ha sido muy aplaudida.

—Tiene usted mucha fe —ironizó la señora Patterson.

—Y usted es muy modesta, señora Patterson. Acabo de enterarme de que los lirios de su invernadero los cultiva usted misma.

—Son lady mohr y sables. Los sables son mis favoritos.

—Yo estaba pensando en dedicarme también a su cultivo. Estoy convencida de que es una afición que agradará a mi marido.

—Y a todos sus vecinos, señora Harding —comentó la señora Patterson, con esperanzas de que abandonara el coro—. La belleza siempre es algo apreciado. La belleza es el camino hacia Dios.

—Pero los lirios requieren mucho sol y una tierra que permita un buen drenaje. No sé si sabré rivalizar con los suyos.

—El invernadero es una gran ayuda.

—Sí, cierto. Le pediré a mi marido que construya uno.

—Procure que esté en la zona sur.

—Por supuesto. Preparé una franja para los tulipanes, me dedico a ellos todas las mañanas y ahora están realmente preciosos, aunque esté mal que lo diga yo. Creo que será una buena idea construir allí el invernadero. Y me olvidaré de los lirios trompetas, dicen que son los más delicados.

—Ahora es la época de los crisantemos, lirios y gladiolos. Algunas especies hay que plantarlas a mediados de otoño, pero yo tengo bulbos para primavera, le traeré algunos, si le interesan. ¡Ah! Y conviene dejar un espacio de unas seis pulgadas entre bulbo y bulbo, para que luego tengan sol.

—Le haré caso en todo lo que usted me indique, señora Patterson. La fama de su buen criterio la precede.

La señora Patterson sonrió sin estar demasiado convencida.

—Señora Harding —preguntó la señorita Gibbs—, ¿quién es ese hombre que se sienta en la mesa de los Grace y los Gardner, el que ahora habla con el señor Odell?

La señora Harding volvió la cabeza hacia la mesa indicada sin ningún disimulo. Elizabeth se ruborizó por si el desconocido descubría que hablaban de él.

—Sólo sé que se llama Dankworth y que ha venido con los Gardner. Creo que se hospeda en su hotel. Ellos son quienes se lo han presentado a mi marido, ¿quiere que pregunte?

—¡No, por favor! —intervino Elizabeth, aunque rápidamente trató de moderar su exclamación—. La señorita Gibbs no tiene tanto interés.

La señora Harding sonrió pues, con su mentalidad londinense, esta intervención consiguió el efecto contrario al pretendido.

—Tal vez deba ir a saludarlo, ¿no creen? Una buena anfitriona tiene que estar en todo. Ustedes, los lugareños, tienen aún tanta afición por los detalles...

Se marchó tan rápidamente que ninguna de las tres tuvo opción a responder, aunque una de ellas ya rumiaba una respuesta digna de la impertinencia manifestada de forma inconsciente.

La señorita Whittemore, hermana del joven que había sacado a bailar a Elizabeth, se acercó hacia ellas en cuanto las vio libres.

Ella negaba que hubiera cumplido los treinta años, pero las que habían sido vecinas de su madre tiempo atrás aseguraban que ya los rebasaba. Era alta y algo torpe. A veces caminaba desgarbada, por lo que su caro vestuario no lucía como hubiese sido lo propio. Tampoco sacaba partido de su cabellera pelirroja porque la escondía debajo de unos sombreros que confeccionaba ella misma y que, más que adornar, abigarraba.

—¿No les parece que la señora Harding está especialmente contenta?

—Nunca he visto que se tome nada en serio —masculló la señora Patterson.

—¡Oh, sí! Está espléndida y muy contenta con la interpretación de *Adagio en primavera* —admitió la señorita Gibbs—. Se nota que le gusta la sociedad. En Londres debía de estar muy acostumbrada a todo tipo de eventos y aquí debe echarlos de menos.

—No me refería a eso —añadió la señorita Whittemore, al tiempo que aprovechaba para sentarse con sus conocidas.

—¡Oh! ¿No querrá usted decir...?

—¿Y qué otra cosa podría ser? Cuando la señora Gardner quedó en estado de buena esperanza, tenía el mismo color.

—Tal vez se vea obligada a dejar el coro —deseó la señora Patterson.

—Eso no le supondrá gran esfuerzo. La ilusión por lo esperado lo colmará todo —añadió la señorita Whittemore.

—¿Está usted segura o sólo se trata de una sospecha? —preguntó Elizabeth.

—Al principio ha sido una sospecha, pero la señora Delaney ha tenido el mismo pensamiento que yo. ¿Acaso esta casualidad no la convierte en certeza?

—Yo creo que no deberíamos precipitarnos en esa afirmación. Un rumor se extiende enseguida y puede resultar ofensivo —añadió Elizabeth.

—Si es cierto, deberíamos ser prudentes hasta que lo anuncie ella misma. No creo que el joven Archy se lo tome muy bien. Hasta ahora ha sido el ojito derecho de su padre —comentó la señorita Gibbs.

—¡Oh! Pero, ¿no les parece que soy una gran adivinadora?

—Nos permitirá, al menos, que sus sospechas se confirmen antes de felicitarla, señorita Whittemore.

—Sin duda, pero eso ocurrirá pronto. Una debe fijarse en todas las señales cuando quiere averiguar algo y les aseguro que llevo un tiempo practicando en ello.

—¿Se dedica usted a espiar a la señora Harding? —preguntó la señora Patterson.

—¡Oh, a ella no! Más bien me he retado con ella para ver cuál de las dos averigua antes uno de los misterios de Horston.

—¿Misterios en Horston? —preguntó la señorita Gibbs mientras Elizabeth abría los ojos intrigada.

—¿Acaso a nadie le pareció extraña la aparición de Nicholas Wayne?

—¿El niño de la herrería? —se extrañó Elizabeth.

—Sí, hace nueve años que llegó sin que nadie supiera de dónde. La señora Wayne nunca esperó un bebé y cuentan que se lo encontraron a las puertas de su casa, pero yo sé que no es verdad.

—Entonces, ¿cuál es su teoría, señorita Whittemore?

—Alguien se lo entregó y lo adoptaron voluntariamente. ¿Nunca les extrañó que la suerte económica de los Wayne mejorara notablemente a partir de aquel momento?

—La generosidad de los Wayne al hacerse cargo de aquel bebé se vio compensada con la solidaridad de los habitantes del lugar. Durante un tiempo, todos tenían algún eje que arreglar o algún artilugio que forjar —recordó la señorita Gibbs.

—No, no se trata de eso —negó la señorita Whittemore—. Estoy convencida de que el padre del niño es alguien del pueblo y esa misma persona entregaba una suma a los Wayne para que cuidaran de su hijo y guardaran silencio.

—Hace usted unas afirmaciones muy ocurrentes —comentó la señora Patterson.

—La señora Harding ha llegado a la misma conclusión que yo.

—Entonces, ¿la señora Harding y usted compiten o colaboran en las investigaciones?

—Hasta aquí nuestra colaboración. A partir de estar convencidas de este hecho, nuestro desafío es el de averiguar el nombre del verdadero padre de Nicholas Wayne.

—¿La señora Harding también es aficionada a las lecturas de misterios?

—Es usted muy ingeniosa, señora Patterson, pero le aseguro que no hay nada de imaginación en nuestras pesquisas. La conclusión a la que hemos llegado podría calificarse de científica.

—Espero que nos mantenga informadas sobre los resultados de sus averiguaciones —solicitó la señorita Gibbs, que se sentía divertida ante las divagaciones de sus vecinas.

Mientras la señorita Whittemore continuaba con sus explicaciones, Elizabeth miró de nuevo hacia la mesa de Matilde Grace. Le hubiera gustado que su amiga se acercara a saludarla, pero vio que la señora Harding la mantenía ocupada con su conversación, así que rechazó toda esperanza de que el encuentro fuera inminente. La mesa que ella compartía con la señora Patterson y la señorita Gibbs también recibió varias visitas que se vio obligada a atender. A la señorita Whittemore se añadieron el vicario, el señor Burns, y su hermana, la señorita Burns, así que ella hubo de permanecer un buen rato allí. Cuando casi una hora después quedó libre, miró hacia la mesa de Matilde y vio que los Grace ya se habían ido, por lo que el encuentro entre las dos amigas no se produjo. Ella y sus compañeras también se retiraron al cabo de media hora y la fiesta terminó no mucho después sin ningún incidente memorable.

III



Elizabeth desayunó sola con su padre, pues su hermano se había despertado pronto y ya había salido. El señor Holstead andaba ensimismado, algo que solía ocurrir cuando esperaba algún encargo de Londres.

—¿No va a preguntarme por la fiesta de los señores Harding, padre?

—Disculpa, Lizzie. Supongo que lo que tú encuentras divertido a mí me resulta tedioso. ¿La señora Patterson desafinó a propósito durante *Adagio en primavera*, tal como había prometido?

Elizabeth sonrió:

—La señora Patterson jamás desafinaría adrede, por mucho que amenace con ello.

—Y tú, ¿rechazaste a muchos pretendientes?

El señor Holstead se ajustó los lentes para mirar a su hija.

—¡Oh, sólo a un duque y dos marqueses! —contestó ella con tono humorístico—. Poca cosa. Pero dicen que hay un príncipe ruso interesado en mí, si le sirve de consuelo.

—Tú bromeas, pero algún día tendrás que tomarte este asunto en serio. Si el señor Frazer no nos hubiera abandonado...

—¿Tenía intenciones de prometerme al señor Frazer? —se sorprendió Elizabeth.

El señor Holstead bajó la cabeza un momento y su coronilla, rodeada de cabellos grises, brilló un instante con la luz que se filtraba por la ventana. Pero enseguida volvió a alzar el mentón y, mirando a su hija, añadió:

—Sé que él no lo hubiera visto con malos ojos, pero nunca te comprometería sin tu consentimiento. Ahora ya no tiene sentido hablar sobre el asunto.

—Estoy asombrada con esta confesión, padre. Pensaba que todos sus pensamientos iban dedicados a las mariposas y los escarabajos. Ahora resulta que también se da aires de casamentero.

—En cierto modo, tú también eres una mariposa. Y sólo espero que te atrape quien te merezca.

—Sabe muy bien que nuestra economía no exige ninguna urgencia. No me siento incómoda estando soltera. Y espero que no empiece a hablar ahora del día en que usted falte. No quiero que saque este tema, padre. Todavía falta mucho para eso. Nadie se ha muerto de un reuma.

—Será como tú quieras. Yo tampoco deseo pensar en ello —asintió y enseguida cambió de tema. No quería que ella notara su preocupación. La nota que había recibido del señor Fernsby, el director de la sucursal bancaria de Horston, lo había alarmado—. ¿No tienes nada que comentar sobre el sombrero de la señorita Whittemore?

—Excesivamente adornado, como siempre. Tiene unos ojos muy bonitos pero el colorido de las plumas impide fijarse en ellos. En cambio el *capotain* de Matty era precioso. Mi nuevo capricho será un *capotain*, así que la próxima vez que viaje a Londres, acuérdense de mí, padre.

El señor Holstead bajó los ojos un momento. Luego pidió a su hija que le acercara el té.

—Me encanta servir el té. Supongo que por eso aún no ha contratado a nadie más para el servicio.

—No es fácil encontrar a alguien con buenos referentes —se justificó el señor Holstead.

—Cierto, pero mientras la gente murmura sobre nuestra situación económica.

—¿Hablan de nosotros?

—No delante de mí. Pero un comentario de la señora Patterson me hizo pensar que así es. ¿No cree que deberíamos hacer algo para acallar los rumores?

—Pensaré en ello, Lizzie. Pensaré en ello. ¿Vas visitar a Matty esta mañana?

—¿No prefiere que lo ayude en la catalogación? La parte de los arácnidos está incompleta.

—Hoy estaré ocupado en otros asuntos en los que no puedes ayudarme. Debo ir al banco y comprobar si podemos permitirnos un *capotain* —respondió al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Entonces, visitaré a Matty, ya que parece que ese es su deseo.

—Saluda al doctor Grace y a su esposa de mi parte.

Terminaron el desayuno y Elizabeth subió a vestirse. Cuando volvió a bajar, su padre ya se había marchado, pero en el mismo instante en que ella se disponía a salir su hermano entraba. Llevaba en una mano el rifle y, en la otra, dos perdices. Saludó con un gesto de cabeza un tanto brusco y cruzó el pasillo precipitadamente en dirección a la cocina.

Elizabeth, preocupada por su sequedad, decidió seguirlo. Lawrence Holstead dejó las perdices y volvió a salir de la cocina, pero su hermana lo agarró de un brazo y lo obligó a detenerse.

Lawrence, aunque menor, era más alto que ella y más delgado, y mostraba esa contradicción de los jóvenes de su edad, que tienen un cuerpo de adulto y un rostro y una expresión aún demasiado infantiles. Sin embargo, ahora no había ni rastro de su jovialidad, sino que ofrecía un gesto de contrariedad.

—¿Qué ocurre? ¿A qué se debe tu malhumor? —le preguntó Elizabeth.

—Lo siento, Lizzie, no tiene nada que ver contigo. Es que he tenido un encuentro desafortunado.

—¿Qué tipo de encuentro? Creo que han sido más desafortunadas las perdices por encontrarse contigo.

—¡Las perdices! ¡Las perdices, sí, me han salido caras!

Su hermana lo miró con gesto expectante y lo siguió al salón donde él guardó el rifle en un armario.

—¿Vas a contarme qué ha ocurrido?

—Desley Abbey ya tiene dueño. Y no es muy simpático, que digamos.

—¿Estabas cazando en el bosque de Desley Abbey?

—¡Teníamos permiso del señor Frazer!

—¡Pero el señor Frazer ya no está! —le recordó.

—Sí, obviamente. Y me he topado con el nuevo dueño.

—¿Te ha reprendido por estar en sus tierras? Reconocerás que tiene derecho.

—Sí, lo tiene. Pero sus modales...

—Tranquilízate. ¿Quieres que te prepare un té? Siéntate y cuéntamelo todo.

—No, no quiero té, pero agradeceré un poco de agua.

Mientras lo decía, el propio Lawrence se acercó a una mesa donde había una jarra de agua y varios vasos. Se sirvió sin esperar a que lo hiciera su hermana.

—Quiere que vaya mañana a verlo. Se cree con derecho a castigarme.

—Deberías haberle dado las perdices.

—Se las he ofrecido, pero se ha negado. Supongo que estaba ofendido porque lo he confundido con un guardabosques.

—El dinero hace que la vanidad engorde rápidamente, ya deberías saberlo. Pero, ¿por qué quiere que vayas a verlo? ¿Piensa denunciarte?

—No lo sé. Ni siquiera se ha bajado del caballo para tratar de arreglar el asunto amistosamente. Se ha limitado a preguntar mi nombre.

—Si Desley Abbey ya tuviera dueño, hubiera sido la comidilla de la fiesta de ayer. Es posible que se haya burlado de ti.

—Si hubieras visto su rostro no pensarías que bromeaba.

Lawrence Holstead era unos años menor que su hermana y no poseía el carácter resuelto de ella. Criado cómodamente, cazaba por deporte y se había aficionado a la fotografía. En un principio se dedicó a los ferrotipos de paisajes, pero últimamente también fotografiaba la colección de insectos de su padre, aunque soñaba con trabajar más adelante para alguna revista de naturaleza. Los dos hermanos permanecieron unos minutos en silencio, hasta que Elizabeth comentó:

—De todas formas, no creo que se trate de un asunto que no tenga arreglo. Mañana le pides disculpas y le explicas nuestra amistad con el señor Frazer. Debe quedar muy claro que él nos había dado su permiso y que no eres un cazador furtivo. También le dices que no volverá a ocurrir —insistió—. Es una lástima, me gustaba ir a coger moras y frambuesas a ese bosque. Deberé buscar otro camino para mis paseos.

—Admiro la ligereza con que te tomas el asunto, pero no creo que a nuestro padre le agrade el incidente.

—No creo que esto llegue a mayores, Lawrence. Ahora te pesa porque es algo reciente, pero ya verás que mañana todo estará resuelto. Es imposible que alguien piense mal de ti.

—No me importa lo que piense de mí. Lo que no soporto es que me traten con esos humos. ¡A saber qué se le ocurre para castigarme!

—Te pedirá dinero y se lo daremos. Aquí acabará nuestra relación con él —afirmó decidida.

—Una persona que ha heredado la fortuna del señor Frazer no necesita dinero.

—¿Temes que quiera darte unos latigazos? —bromeó Elizabeth.

—¡Oh, no se lo permitiría! ¡Que se atreva, si es hombre!

—Lo mejor será no imaginar más de la cuenta. Mañana lo veremos de otra manera. Es tu deber ir hasta allí. Si no acudieras, sí caerías en una deshonra.

—No he dicho que no vaya a ir. He dicho que...

La puerta de la casa se abrió en esos momentos y entró el señor Holstead exclamando:

—¡Es horrible! ¡Horrible!

Los dos hermanos se dispusieron a salir inmediatamente del salón, alarmados por los gritos y otras voces que llegaban de la calle, pero su padre ya estaba entrando en la estancia.

—¡Pobre señora Harding! —se lamentó el señor Holstead.

—¿Qué le ocurre a la señora Harding? —preguntó Lawrence al tiempo que su hermana buscaba una silla y ayudaba a su padre a sentarse.

El señor Holstead trató de tomar aire y, ante las miradas interrogantes de sus hijos, añadió:

—¡Ha sido asesinada!

IV



—¡Dios mío!

—¿Quién la ha matado? —preguntó Lawrence.

—¡Pobre señor Harding! —exclamó Elizabeth—. ¡Otra vez viudo!

—No se sabe quién ha sido. Pero hacía años que no ocurría un crimen en Horston. Presiento que esto va a suponer una desconfianza entre los vecinos que puede alterar la convivencia.

—Tal vez no haya sido nadie de Horston. ¿Cómo la han matado? —se interesó el hijo.

—No estoy seguro. Luego pasará el doctor Grace y nos contará los detalles. Sólo sé que la ha encontrado la señora Patterson en su jardín.

—¿En el jardín de la señora Patterson? —preguntó Lawrence.

—En el jardín de los Harding. La han asesinado en su propia casa. Es de las pocas cosas que he entendido. La gente hablaba atropelladamente

—¡Oh, qué horrible encuentro para la señora Patterson! Debería ir a visitarla... pero no sabré qué decirle —comentó Elizabeth.

—Está declarando ante la policía. Ahora mismo creo que es mejor dejarla tranquila, me temo que no habrá resultado un trago agradable.

—Sí, seguro que la señora Patterson está muy impresionada —admitió Elizabeth—. ¡Dios mío! ¿Quién puede haber sido capaz de matar a la señora Harding? ¿Y por qué?

—No lo sé, Lizzie, pero si hay un asesino en Horston, quizá no deberías salir sola.

—¡Oh! Pero ¿cree que se trata de un perverso?

—No tengo ni idea, pero mientras no sepamos nada, será mejor actuar prudentemente.

El señor Holstead se resintió del dolor reumático y se llevó la mano a la parte inferior de su espalda.

—¿Quiere que le prepare una cataplasma, padre?

—Sí, gracias, Lizzie. Me convendría no haber salido, pero no podía demorar más este encuentro.

Elizabeth se levantó y se dirigió a la cocina. Estaba nerviosa, perpleja y apenada. También algo asustada por la novedad que le suponía el hecho de vivir un crimen tan cercano. Dorcas, la sirvienta, estaba almidonando unas ropas y la joven decidió no molestarla. Encendió el fuego e hirvió ella misma el agua. Luego añadió unas flores de grama. Estaba deseando que llegara el doctor Grace para tener más información, pero sabía que el médico estaba ocupado y aún tardaría. Puso cuidado en su labor y, cuando la hubo terminado, salió al salón.

Pero su padre había desaparecido y no pudo ponerle la cataplasma. Elizabeth se dio cuenta de que se había quedado sin nada que hacer. Había prometido que no saldría sola y la inquietud continuaba adueñándose de ella. Devolvió la cataplasma a la cocina y luego comenzó a pasear de un lado a otro del salón. Finalmente, cansada de esperar a ver si su padre aparecía, cogió un libro y trató de leer, pero cada poco tiempo se asomaba a la ventana para ver si llegaba el doctor Grace.

Una hora después fue Andrew Whittemore quien llegó. Se trató de una visita cordial para conocer el estado de ánimo de Elizabeth y no se quedó más de cinco minutos.

—Dicen que ha muerto ahogada. Su cuerpo ha aparecido medio hundido en el estanque. ¡Es horrible! June está muy afectada —le comentó sin importarle la susceptibilidad de su interlocutora—. Mi hermana había hecho buena relación con

la señora Harding. Ella le mostraba revistas de moda y ya conoce usted su afición a confeccionar sombreros.

—Sí, me imagino —respondió sobrecogida—. Aunque creo que todo Horston debe de estar afectado. ¡Una cosa así!

—Por otro lado... se ha propuesto averiguar quién es el asesino. Dice que tiene un sospechoso. Mi hermana es muy perspicaz para estas cosas.

—Su hermana debería dejar estas cosas para la policía, señor Whittemore. Si el asesino sabe que alguien está detrás de él, ella puede correr peligro.

Elizabeth recordó las sospechas de la señorita Whittemore sobre el estado de la señora Harding. Si efectivamente esta esperaba un bebé, el crimen era mucho más horrible de lo que había pensado en un principio. Cuando Andrew se fue, deseó aún con más impaciencia la llegada del doctor Grace.

Pero esta visita no se produjo hasta poco antes de comer, por lo que las inquietudes ya se habían convertido en ansias.

El doctor preguntó por el señor Holstead, quien reapareció sin que Elizabeth supiera dónde había estado metido.

—He venido porque me lo exigía la amistad, ya que, en casos como este, un reúma puede esperar. La policía quiere que rellene un informe tras otro, creo que en los próximos días no me dejarán en paz.

—Pero ¿qué ha pasado exactamente? ¿Está seguro de que no ha sido un accidente?

—No, Lizzie, no ha sido un accidente. El cuerpo tenía una marca en la sien, como si la hubieran golpeado con un palo duro, tal vez de hierro. La policía dice que en el jardín había una pala y un rastrillo.

—Entonces, ¿no ha muerto ahogada? —preguntó, impresionada, la joven.

—Eso es lo más cruel. Aún estaba viva cuando la echaron al estanque.

—¿Está seguro de lo que dice? ¿No puede haberse golpeado ella accidentalmente y haber caído después al estanque? —insistió Lizzie.

—También tiene una marca en el pecho, como si la hubieran apretado con un objeto mientras el cuerpo se hundía. ¡Oh! ¡No

debería contarte estas cosas! —exclamó el médico, dándose cuenta de que estaba afectando a la sensibilidad de la joven.

El señor Holstead entró en el salón decidido a disimular sus preocupaciones.

—Le he dicho a Dorcas que te quedas a comer. No admito discusión.

—Y yo no pienso discutir. Le he dicho a mi esposa que no comería en casa y en algún momento tengo que hacerlo. Después debo ir a ver a la señora Patterson, está muy nerviosa.

—¿La policía sospecha de alguien?

—Viendo tu entumecimiento, soy yo quien tiene sospechas de que no te cuidas.

—Hoy mismo Lizzie me ha hecho una cataplasma. Pero me niego a tomar más zumo de ajo.

Elizabeth abrió los ojos ante la desfachatez de su padre, pero no lo desmintió.

—Siempre has sido un mal paciente —luego hizo un inciso y añadió—: La policía ha interrogado al joven Harding.

—¿Archy? —preguntó Lawrence.

—Sí, de todos es sabido que no tenía aprecio por su madrastra, pero eso es habitual en los segundos matrimonios.

—¡Sólo es un niño!

—Ya no es tan niño... Pero yo tampoco creo que se haya atrevido a algo así.

—¡Pobre señor Harding! ¡Primero la muerte de su esposa y ahora las sospechas sobre su hijo!

—Bueno, supongo que todos los que no tengamos coartada somos sospechosos. Archy había salido a cabalgar solo. De momento no hay ninguna acusación, sólo están preguntando. Supongo que harán lo mismo con el resto de conocidos de la señora Harding. La señora Patterson está indignada por el interrogatorio al que la han sometido.

—¡Y qué puede saber ella! —preguntó Lizzie con gesto grave.

—Ella es quien encontró el cuerpo y piensan que tal vez haya visto u oído algo que pueda dar alguna pista. Además, no deja de ser una sospechosa, en aquel momento no había nadie más.

—Pero, ¿cómo pueden pensar eso de la señora Patterson? Conociéndola, estará muy ofendida.

—Lo está. Afortunadamente, el señor Harding ha declarado que la señora Patterson es una amiga de la familia y una vecina ejemplar de Horston. Pero entrevistar a cualquier testigo es el procedimiento habitual en esos casos.

—Sí, es lo habitual —admitió el señor Holstead.

—Es posible que quieran hablar contigo, Lizzie.

—¿Conmigo? ¿Qué les puedo contar yo que sea de su interés?

—La policía da importancia a detalles que para nosotros son irrelevantes. Tal vez alguna conversación que recuerdes pueda dar luz a la investigación.

Durante el almuerzo, la charla no versó sobre ningún otro tema. La confianza entre los Grace y los Holstead llevó a Elizabeth a preguntar si, durante el reconocimiento del cuerpo, había notado si la señora Harding estaba en estado de buena esperanza. El médico estaba atado al deber de confidencialidad y no respondió, pero su expresión delató que así era. Elizabeth se conmovió profundamente. Se preguntó si el asesino sería conecedor de esa noticia y supuso que no, ya que hasta ahora la familia Harding no había informado sobre ello. El señor Holstead recriminó a su hija que hubiera comprometido al doctor Grace al hacerle esa pregunta.

—No... no saldrá de aquí, doctor, se lo aseguro —prometió Elizabeth.

—La policía lo sabe. Es posible que pronto se conozca el asunto, pero preferiría no ser yo el causante.

Antes de irse, el doctor Grace volvió a referirse al reuma del señor Holstead.

Lawrence subió sin demora a su habitación y, al cabo de un rato, cuando el médico ya se había ido, bajó una pequeña maleta y se dirigió al gabinete de su padre. Allí cogió varios paquetes y se dispuso a salir. Antes, se asomó al salón a despedirse de su hermana.

—¡Adiós, Lizzie! Me voy a Londres. Espero estar de vuelta en un par de días.

—¿Cómo que te vas a Londres? ¿Desde cuándo te vas a Londres? —preguntó Elizabeth que estaba medio adormilada sobre un sillón.

—Padre me ha encargado un recado. Él te lo explicará, yo tengo prisa. Tengo que alcanzar la diligencia que va a Culster y allí coger el último ferrocarril hasta la capital. Espero que la policía no sea muy dura contigo —bromeó—. Siempre he pensado que tienes una mirada maliciosa.

—Pero, ¡Lawrence! ¡Mañana tienes que ir a Desley Abbey!

V



El señor Holstead confirmó a su hija que él era el responsable del viaje de Lawrence a Londres. Le contó que había recibido un telegrama en el cual le informaban de una nueva expedición a África y él quería hacer unos encargos muy concretos de algunos insectos. Elizabeth no recordaba que hubiera venido el cartero, pero tal vez lo había hecho mientras ella estaba en la cocina y por eso su padre había desaparecido antes de que le pusiera la cataplasma.

A media tarde llegó el subinspector de policía con un subordinado, que ella conocía porque su esposa también cantaba en el coro. Se mostraron amables y preguntaron a Elizabeth si sabía de alguien que pudiera desear la muerte de la señora Harding. Ella dijo que no y respondió a todas las preguntas que le formularon con la sensación de que su información no era valiosa. También su padre, que estuvo presente en todo momento, fue inquirido un par de veces. Sin embargo, cuando preguntaron por Lawrence, Elizabeth se puso nerviosa.

—Ha ido a Culster para coger el último tren hacia Londres —respondió el señor Holstead tranquilo—. Hay una expedición que sale pasado mañana hacia Sudáfrica. Tratarán de llegar hasta la frontera con Rhodesia. Estoy interesado en ayudar a financiar el proyecto a cambio de que me consigan especies nuevas.

—Mi padre colecciona insectos —explicó Elizabeth, aunque el subinspector ya lo sabía.

—¿Y cuándo vuelve el joven Holstead?

—En tres días estará aquí. Podrán hablar con él de lo que necesiten.

El subinspector tomó nota de cuanto se dijo. Elizabeth pensó que la precipitada marcha de su hermano lo convertía en sospechoso ante cualquiera que no lo conociese. Apenas se había ido y ya deseaba su regreso.

Aquella noche le costó conciliar el sueño. Estaba inquieta y la imagen de la señora Harding no se iba de su cabeza. También pensaba en la señora Patterson y, por momentos, se asustaba con la certeza de que un asesino andaba suelto. Su mente estuvo recreando el crimen una y otra vez hasta que logró dormir.

A la mañana siguiente, salió decidida a la calle. Pensaba visitar a la señora Patterson, pero antes tenía que zanjar un asunto pendiente.

Llegó caminando hasta Desley Abbey, con cuidado de que no la sorprendiera nadie por el camino, y se sintió más relajada cuando salió de la zona boscosa y comenzó a caminar por el amplio parque antes de llegar a la casa. Debía reconocer que la existencia de un asesino la asustaba. El edificio era de estilo isabelino, casi cuadrado, con dos torres simétricas que lo alargaban a los lados y tenía tres pisos además de la planta principal, aunque el último era más pequeño y parecía coronar la gran mansión. Cuando le abrieron, pasó a una larga galería que ya conocía y, tras presentarse al mayordomo, preguntó por el nuevo dueño.

Tras una espera de dos minutos, el mayordomo la hizo pasar a un despacho del piso superior. Entró algo nerviosa y se sorprendió al ver sentado ante una mesa al desconocido de la fiesta de los Harding. Él también pareció sorprenderse, pero lejos de levantarse en un gesto caballeroso, se limitó a indicarle que ella también tomara asiento.

—No esperaba esta visita —comentó él.

—Tal vez le sorprenda menos si le digo que mi nombre es Elizabeth Holstead.

—Sé quién es usted. La vi hace dos días, pero eso no reduce mi... asombro.

—Lawrence es mi hermano. Debe recordarlo, usted lo citó para esta mañana.

—El joven cazador, cierto. Y... ¿no la ha acompañado?

—No, pero he venido yo en su lugar. Dígame el precio de la multa y le prometo que mi hermano no volverá a cazar en sus tierras.

—¿Multa?

—¿No pensará denunciarlo por un asunto que puede arreglarse amistosamente? La policía está muy ocupada y...

—En ningún momento he pensado en denunciar a su hermano, señorita Holstead.

—¿No piensa denunciarlo ni multarlo? Entonces... ¿por qué lo ha citado, señor...?

—Dankworth —se presentó—. ¿Por qué no ha venido con usted?

—Mi hermano no es ningún cobarde —se ofendió ella—. Pero ha tenido que ausentarse de Horston unos días. Volverá a finales de semana. ¿Piensa azotarlo? —preguntó asustada.

—Tiene usted unas ideas muy extravagantes, señorita Holstead —comentó divertido.

—Entonces... debo imaginar que sólo pretendía reprenderlo y darle una lección. Pero debe saber que el señor Frazer era muy amigo de mi familia y que teníamos permiso para cazar o coger frutas de sus tierras. No sabíamos que el tema de la herencia se hubiera resuelto y mi hermano actuó con naturalidad y confianza. No es ningún furtivo.

—¿Por qué no me dijo su hermano que pensaba marcharse?

—El viaje se decidió ayer. Mi padre recibió un telegrama y... —dudó un momento y trató de expresarse mejor—. Mi padre colecciona insectos exóticos y ayuda a financiar expediciones. Mi hermano debía estar urgentemente en Londres para poder participar en la próxima que sale inmediatamente para África.

—¿África? ¿No ha dicho que regresaba esta semana?

—Sí, así es. Él no tiene intención de embarcar, pero debía hablar con unos biólogos que van a ir en la expedición para hacerles un encargo.

—Su padre es muy generoso con sus ayudas económicas a estas expediciones.

—No creo que usted tenga derecho a hablar sobre la economía de mi padre, señor Dankworth.

El señor Dankworth calló un momento y miró a su interlocutora como si la estudiara. Luego añadió:

—Me gustaría que su hermano me visitara a su regreso.

—Y ¿puedo saber el motivo de su interés por mi hermano?

—Me gustaría encargarle un trabajo.

—Y, si trabaja gratis para usted, ¿podemos olvidar el hecho de que haya cazado en sus tierras?

El señor Dankworth sonrió de nuevo ante esa insistencia. Elizabeth sintió que se burlaba de ella y muy seriamente añadió:

—Porque si es así, yo sé coser y bordar. Puedo bordarle unas cortinas o un mantel y asunto zanjado.

En esta ocasión, él no pudo evitar soltar una carcajada y ella no supo disimular su enfado, sobre todo cuando él agregó:

—Señorita Holstead, si la tuviera a mi servicio, la emplearía en algo mejor.

—Es una lástima que no haya heredado también la cortesía del señor Frazer.

—Lamento que piense así —dijo él sin disculparse—. Pero me parecería más descortés que usted trabajara para mí simplemente porque quiere reponer una mala conducta de su hermano.

—No fue exactamente una mala conducta.

—Pero usted cree que esa es mi opinión.

Esta vez Elizabeth quedó perpleja. Tras unos segundos en silencio, al final respondió:

—En fin. Ya le he dicho los motivos por los que mi hermano no ha cumplido hoy con su compromiso. Pero le prometo que en cuanto llegue vendrá a visitarlo y usted podrá encargarle lo que desee, siempre que se trate de algo decente.

—¿Le parece suficientemente decente hacer unas fotografías de la casa? Mi hermana estará encantada de que le envíe las imágenes y tengo entendido que su hermano no lo hace mal. Ella vive en Portsmouth.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Claro que a mi hermana le gustan los pañuelos bordados, será mejor que no le hable de usted —se recreó él en su victoria.

—Entonces, ¿puedo irme?

—Avisaré a un criado para que la acompañe —dijo al tiempo que tocaba una campanilla.

—No será necesario. Conozco el camino —respondió Elizabeth ofendida.

Se levantó nerviosa y abandonó el despacho antes de que llegara el criado. Al salir de aquella casa que antes consideraba acogedora, apresuró el paso, más por necesidad de desahogo que porque tuviera prisa. En lugar de avanzar por el camino, atravesó la zona boscosa. Iba sin cuidado, sin embargo, a medida que se espesaba la foresta, recordó que un asesino andaba suelto. Apuró un poco más y cuando llegó de nuevo a campo abierto y empezaron a verse las primeras casas, el corazón le palpitaba vivamente.

Se detuvo un instante a acicalarse y luego reemprendió el paso ya con normalidad. Al cabo de quince minutos se encontraba ante la casa de la señora Patterson y la señorita Gibbs, un adosado entre la vivienda de los señores Mitchell y la de los Morrison. Tocó la aldaba un par de veces, quizá con excesivo vigor. Esperaba que la policía no estuviera allí.

VI



A pocos pasos por detrás de la criada que le abrió se hallaba la señorita Gibbs.

—¡Oh, Lizzie! Me alegro de que hayas venido —exclamó en cuanto la vio—. Todo esto es muy desagradable.

—Sí, supongo que su hermana estará muy asustada.

—Sí, asustada, pero sobre todo molesta. Ahora mismo no hay quien la aguante —le comentó en voz baja—. Está en el salón, pasa a verla, yo voy a encargar el té. Te apetece una taza de té, ¿verdad?

—Gracias.

Elizabeth encontró a la señora Patterson sentada en una otomana y con la mirada ensimismada. Había algo lúgubre en el ambiente, a pesar de que las cortinas de damasco estaban abiertas y se filtraba la luz natural. Sobre los muebles de caoba, el eclecticismo de los adornos, en su mayoría egipcios y africanos, no se había cambiado y, sin embargo, había algo que la hizo estremecer. Aunque tal vez, pensó, ese algo se encontraba en ella misma y en su incapacidad de consolar a su amiga.

—¡Oh, querida! —exclamó en cuanto la vio—. ¡Por fin una visita agradable!

—Señora Patterson, deseaba haber venido ayer, pero mi padre pensó que la policía la estaría abrumando.

—¿Abrumando? Esto ha sido un verdadero acoso. Estuvieron aquí dos veces. Insistieron en que repitiera una y otra vez la misma historia, e hicieron insinuaciones ofensivas. Emily estaba delante. ¡Ha sido bochornoso!

—Reconoce, Claire —dijo la señorita Gibbs que acababa de unirse a ellas—, que el subinspector te ha tratado con mucha amabilidad. Sólo ha hecho lo que su cargo requiere.

—¿Ni siquiera mi propia hermana va a defenderme?

—También me hizo preguntas a mí —le recordó—. Pero antes de irse se disculpó por habernos molestado.

—¡A buenas horas vino a disculparse!

—Lo peor es lo que nos contó. Imagínate, Lizzie, según la policía, lo más probable es que el asesino de la señora Harding aún se encontrara en el jardín cuando mi hermana llegó. Sólo el hecho de pensar que Claire ha corrido peligro... Pensar que hubiera podido...

—Ya ha pasado, señorita Gibbs. Afortunadamente su hermana está a salvo. Debe procurar olvidar todo esto.

—¿Con la policía todo el día aquí? Dijeron que volverían —comentó la señora Patterson—. No sé qué más quieren de mí. Además de insultarme, me han interrogado sobre todo, no hay pregunta que hayan dejado en el tintero. ¡Y todavía quieren que declare ante el magistrado!

—También vinieron a casa a preguntarnos sobre la señora Harding.

—¿Y qué preguntaron?

—Ya sabe, si conocíamos a alguien que le tuviera animadversión y si habíamos notado algo sospechoso en la conducta de algún vecino últimamente. Ese tipo de cosas.

—Sí, ese tipo de cosas...

—¡Oh, señora Patterson! —dijo conmovida Elizabeth—. Si puedo hacer algo por usted...

La señora Patterson bajó los ojos agradecida. En esos momentos llamaron a la puerta. En menos de medio minuto, la señorita Whittemore estaba con ellas en el salón. La señorita Gibbs encargó a la sirvienta, que en esos momentos entraba con el té, que trajera otra taza.

—¡Estoy desolada! —dijo la señorita Whittemore—. ¡La señora Harding! ¿Quién puede haber matado a la señora Harding? Creo que no podré dormir en mucho tiempo.

Elizabeth le dedicó una mirada de advertencia, como si quisiera pedirle que no dramatizara ante la señora Patterson, pero ella no la interpretó.

—Ahora todas corremos peligro. ¡El asesino puede volver a matar!

—¡Oh, no diga esas cosas! —rogó la señorita Gibbs—. Bastante asustada está ya mi hermana. Será mejor que no hablemos más del tema.

La recién llegada se sintió contrariada por esta solicitud, pero simuló no estar afectada y enseguida encontró un nuevo tema de conversación.

—¿Han leído los periódicos? —preguntó con un renovado interés.

—¿Cree que estamos en situación de entretenernos con las columnas de sociedad? —replicó la señora Patterson.

—Ya veo que no se han enterado. Por lo visto, ha sucedido algo muy grave en Inglaterra. Un banco ha quebrado porque tenía casi todo su dinero invertido en acciones del ferrocarril y parece ser que su precio se ha desinflado de forma exagerada.

—¿Y qué va a sucederle a los ferrocarriles? —se interesó la señorita Gibbs.

—A los que ya están en funcionamiento, nada. Pero se detendrá la construcción de nuevas vías.

—¿No hay ya demasiadas?

—Señorita Gibbs, esto afecta a empresas que operan en otros países de Europa y también en toda América. Por lo visto, es algo muy gordo. Mucha gente había invertido en esas acciones porque siempre subían. ¡Imagínese cuántas personas se han quedado sin nada!

—¿Y esto afecta a alguien de Horston?

—Aún no lo he averiguado, pero tengan por seguro que, si así es, pronto lo sabré.

—Parece que se divierte con las desgracias ajenas.

—¡Oh! ¡Cómo puede decir tal cosa, señora Patterson! He venido para consolarla y usted me lo agradece con esta ofensa. La perdonaré porque comprendo el estado de sus nervios.

La señora Patterson no demostró ningún aprecio por este perdón y la señorita Gibbs se apresuró a intervenir.

—Debería hablar usted de algo más agradable.

—Pues no sé si es agradable o no, pero supongo que saben que Desley Abbey ya tiene dueño.

—¿En serio?— preguntó interesada la señorita Gibbs.

La sorpresa de sus interlocutoras la animó.

—Se trata de un familiar lejano. Por lo visto él no esperaba recibir esta herencia, creo que tenía un negocio, pero no recuerdo si dijeron de qué —cuando notó que la señorita Gibbs mostraba atención, la empujó a continuar—. Estaba en la fiesta de los señores Harding... ¡perdón, no quería mencionar a los señores Harding! Pero estaba allí, una no puede hacer nada si él estaba allí... —se excusó—. Tendrá unos treinta años y tiene buen porte, lástima que esté lisiado.

—¿Lisiado? —se asombró Elizabeth.

—Caminaba con muletas y durante la fiesta permaneció todo el rato sentado. Sin embargo, llegó a caballo, aunque, claro, lo ayudaron a bajar.

—Las penas con dinero no son tantas —comentó la señorita Gibbs—. ¿Es el que se sentaba con los Grace y los Gardner?

—Sí, estaba en su mesa. Me pareció entender que se trató de un accidente, pero estas cosas siempre dejan secuelas. ¿Recuerdan al señor Bingley?

Y, aunque estuvieron recordando al señor Bingley durante cinco minutos, finalmente la señorita Whittemore no logró controlarse y exclamó:

—¡Oh, señora Patterson! ¡Qué lamentable coincidencia! ¡Encontrar muerta a la señora Harding! ¿Puedo saber por qué había ido usted a visitarla?

—Claire le llevaba unos bulbos de lirio —respondió la señorita Gibbs contrariada por esta pregunta—. El día de la fiesta se había interesado en plantarlos.

—¡Los bulbos! Cayeron todos al suelo cuando vi a la señora Harding. Espero que los haya recogido alguien. Sería una pena que se desperdiciaran.

—Señora Patterson, perdone mi indiscreción, pero ¿se cruzó con alguien cuando se dirigía a casa de los Harding?

—¡Señorita Whittemore! La señora Patterson está cansada de hablar del tema —le recordó Elizabeth.

—No importa —respondió la señora Patterson—. Me temo que esta tarde, durante el funeral, todos me preguntarán lo mismo. Yo iba en mi calesín y miraba enfrente del camino. No me fijaba en si había alguien por los alrededores. Con la única persona que me crucé fue con el señor Hubert, que regresaba del cementerio, eso sí lo recuerdo porque me saludó.

—El señor Hubert no falta ningún día al cementerio —añadió la señorita Gibbs.

—Sí, su capacidad de amar es conmovedora —admitió la señorita Whittemore—. ¿Cuánto hace que murió su prometida?

—El mes pasado hizo treinta y un años. Siempre le ha sido fiel.

—No parece que el señor Hubert tenga ningún motivo para querer asesinar a la señora Harding —pensó en voz alta la señorita Whittemore.

—Creo que debería dejar las pesquisas para la policía —sugirió Elizabeth—. Más versiones pueden confundir la investigación.

—O todo lo contrario. Tal vez sí pueda ayudar a la policía —insistió la señorita Whittemore—. Yo sé el nombre del sospechoso de la señora Harding y es posible que, si ella estaba en lo cierto, él no estuviera muy interesado en que la noticia se propagara.

—¿La señora Harding sospechaba que la iban a matar?

—¡No sea ridícula, señorita Holstead! La señora Harding creía saber quién era el padre de Nicholas Wayne, ¿no recuerdan que ayer se lo conté? Y yo pienso explicárselo a la policía.

Estas últimas palabras lograron captar la atención de las tres interlocutoras y, durante unos segundos, se hizo un notable silencio. Ante su triunfo, la señorita Whittemore continuó:

—En casos como estos, y ya saben que yo leo esos libros en los que la policía relata casos reales, la pista que hay que seguir es averiguar quién tenía un motivo para querer ver a la señora

Harding muerta. Pues yo conozco el nombre de la persona que tenía un motivo.

—¿Y podemos conocer ese nombre también las demás? —preguntó la señorita Gibbs con sumo interés.

—Ahora mismo es un hombre casado, aunque aún estaba soltero cuando nació el pequeño Nicholas. Esto nos hace suponer que fue concebido en alguna aventura o que la madre del bebé poseía algún impedimento para que él no le propusiera matrimonio.

—Son varios los hombres de Horston que se han casado en los últimos años —especuló en voz alta la señorita Gibbs.

—Sí, pero el hombre del que hablo también tiene una hija de dos años de su matrimonio actual.

—¿Se está usted refiriendo al señor Gardner? —preguntó la señora Patterson.

—¡Oh! Yo no he mencionado su nombre. Pero ustedes son libres de pensar que me refiero a él.

—Si fomenta este rumor, puede hacer mucho daño a la señora Gardner —le hizo ver Elizabeth. Sin embargo, había escuchado con atención esa hipótesis. La señorita Whittemore ya había acertado respecto al estado de la señora Harding, aunque parecía ser que en estos momentos aún no lo sabía.

—¿Tiene pruebas de eso? —preguntó la señorita Gibbs.

—No tengo pruebas de que el señor Gardner sea el padre de Nicholas, pero sí tengo mi palabra de que la señora Harding sospechaba de él. Y es posible que él se enterara de esa sospecha. La señora Harding no es... no era precisamente una mujer muy discreta.

—Lizzie —dijo la señora Patterson—, antes me has preguntado si podías hacer algo por mí. ¿Serías tan amable de cantar algo? El piano fue afinado la semana pasada.

—¿Cantar? No sé si encontraré ánimo para ello —pero al ver el rostro suplicante de su amiga, añadió—: Lo intentaré, señora Patterson, pero discúlpeme si no logro una buena concentración.

—Tu voz siempre es un regalo de Dios, Lizzie. Además, en mi mente se repite una y otra vez ese *Adagio en primavera*. Necesito algo distinto para lograr olvidarlo.

Elizabeth se sentó al piano y empezó a tocar. Trató de hacer acopio de fuerzas y consiguió que su voz articulara un bello sonido que logró dibujar un principio de sonrisa en el rostro de la señora Patterson. Por el contrario, la señorita Whittemore no se sintió feliz al dejar de ser el centro de atención y, cuando vio que la señorita Holstead se disponía a tocar una segunda pieza, alegó que tenía otra visita que hacer y se despidió.

—Supongo que esta tarde las veré en el funeral.

Cuando salió de la casa, la señorita Gibbs dijo:

—Creo que Claire ha conseguido lo que quería haciéndote cantar, Lizzie.

La señora Patterson sonrió y Elizabeth abandonó el piano.

—¿Será verdad lo que ha dicho del señor Gardner? —añadió la señorita Gibbs.